



Caja de herramientas

Ejemplos: **Comentario crítico**



Universidad del
Rosario

Escuela de
Ciencias Humanas

La conquista de América 500 años después. Comentario crítico del libro *Las auroras de sangre* de William Ospina por Leonardo Ordóñez Díaz

Como es sabido, ciertas experiencias históricas dejan heridas profundas que tardan largo tiempo en cicatrizar. La conquista de América constituye un caso ejemplar a este respecto: si bien los hechos se remontan varios siglos atrás, sus efectos siguen gravitando y teniendo una resonancia dolorosa en la conciencia de mucha gente a lo largo y ancho de América Latina. Prueba de ello es la persistencia de la narrativa histórica en los países hispanoamericanos, reflejada en novelas que recrean momentos claves de la época de la conquista e invitan así a sus lectores a una reflexión renovada en torno a los acontecimientos de aquellos tiempos.

Entre tales obras cabe destacar la trilogía de novelas de William Ospina integrada por *Ursúa* (2005), *El País de la Canela* (2008) y *La serpiente sin ojos* (2012). En estas ficciones históricas, Ospina narra la ocupación de diversos territorios de Colombia, Venezuela y Ecuador, así como las primeras incursiones de los españoles en la Amazonía. Los hechos que motivan la escritura corresponden, por lo tanto, a expediciones de exploración y conquista que han sido relatadas ya en numerosas ocasiones, en una tradición narrativa que abarca desde las primeras crónicas de Indias hasta la copiosa producción novelística del siglo XX dedicada a reconstruir eventos de esa época.

Mi propósito ahora no es analizar las novelas de Ospina, sino abordar una cuestión preliminar ineludible: ¿Qué sentido tiene reescribir la Conquista de América quinientos años después de acaecidos los hechos? ¿Existen acaso imprecisiones que corregir, vacíos que llenar en torno a sucesos escudriñados hasta la saciedad por narradores, historiadores y cronistas anteriores? Más importante aún: al retornar sobre las viejas heridas dejadas por la Conquista, ¿no se corre el riesgo de reabrir las, dificultando con ello su proceso de cicatrización? Mi hipótesis es que la clave de una respuesta posible a estas preguntas se encuentra en otro libro de Ospina, el ensayo titulado *Las auroras de sangre* (1998), el cual considero también como su obra más lograda hasta la fecha¹.

Las auroras de sangre brinda, de hecho, una excelente introducción a la narrativa de Ospina, porque en sus páginas se abordan temas y eventos que luego se relatarán con detalle en las novelas, y también porque, al leerlo, hallamos diversos pasajes narrativos que anticipan el estilo y el tono de la ulterior trilogía. El propósito del ensayo es rescatar del limbo histórico las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos, ese inmenso poema del siglo XVI que, además de aportarle a Ospina los temas de sus tres novelas históricas, es también su mayor fuente documental. Siguiendo el hilo conductor trazado por Castellanos, Ospina relega a un segundo plano en el ensayo (y también en las novelas) la conquista de México y del Perú, y desplaza el foco de interés hacia la ocupación de las islas del Caribe y de los vastos territorios de la Nueva Granada, zonas en donde no había administraciones imperiales centralizadas ni ciudades populosas como Cuzco o Tenochtitlán, de modo que la dominación española tuvo que lucharse palmo a palmo, en un proceso mucho más largo y difícil.

¹ Uno de los novelistas colombianos actuales más destacados, Juan Gabriel Vásquez, escribe al respecto: “En 2001 pensé que *Las auroras de sangre* era un libro extraordinario; ahora me parece que es, simplemente, uno de los mejores ensayos escritos en Colombia” (*El Espectador*, 7/11/2007). En esa misma columna de opinión, Vásquez hace referencia también al entusiasmo que la lectura del libro de Ospina generó en García Márquez.

El ensayo tiene varias líneas de desarrollo que se trenzan de principio a fin. Una de ellas es la biografía de Juan de Castellanos, soldado y poeta español muy poco conocido por fuera del círculo de los especialistas, acompañada del análisis crítico de su obra principal, las *Elegías de varones ilustres de Indias*. Otra es la discusión detallada de la recepción del poema de Castellanos, desde la publicación del primer tomo en 1587 hasta la actualidad. Otra línea consiste en la «narración / comentario» de algunos pasajes del poema, que forman de hecho una pequeña antología de versos diseminada a lo largo del ensayo. Pero quizá la línea principal sea la continua reflexión que, combinando la hermenéutica histórica y la literaria, se interroga por el significado del descubrimiento y la conquista de América 500 años después. El estilo en el que está escrito el texto pone en evidencia la ambición del autor por inyectar narración y poesía en la textura argumentativa propia de la prosa ensayística.

De los diversos planteamientos que hacen apasionante la lectura del ensayo de Ospina, me concentraré ahora en cuatro que resultan de especial relevancia para entender el proyecto narrativo que dio a conocer a este autor más allá de las fronteras de su país de origen. En primer lugar, Ospina plantea que las *Elegías de varones ilustres de Indias*, antes que ubicarse como una crónica más entre las muchas que vieron la luz durante la Conquista, son un inmenso poema que hace de Castellanos “el primer poeta verdaderamente americano” (2007, p. 108) de la lengua castellana. Si bien la conquista de América coincidió con el siglo de Oro de la literatura hispánica, los grandes poetas de la época permanecieron ajenos al gran evento histórico, con pocas excepciones entre las cuales la más notable es justamente la de Juan de Castellanos. Nadie duda hoy de la influencia crucial ejercida por las crónicas de Indias en el surgimiento de la novela hispanoamericana. La obra de Castellanos ocupa un rango análogo en el terreno de la poesía, pues su aplicación a temas históricos y geográficos anticipa los aportes de Andrés Bello, Pablo Neruda y otros poetas de los siglos posteriores.

Esta tesis trae inevitablemente a la memoria *La Araucana* de Alonso de Ercilla y el *Arauco domado* de Pedro de Oña. Sin embargo, Ospina distingue entre “poesía española inspirada en América” (a esta categoría pertenecerían las obras citadas) y “poesía americana” (de la cual Castellanos sería el fundador). Mientras Ercilla y Oña escriben sus poemas en un español tradicional, recubriendo a sus personajes con un aura clásica que resultara familiar para los lectores peninsulares de la época, Castellanos incluye en su libro multitud de palabras y de nombres propios indígenas, esforzándose en cada estrofa por ser fiel a la realidad americana, tan distinta a la de Europa, y por lo mismo, tan difícil de nombrar y de hacer comprensible a quien no la hubiese vivido en carne propia. Castellanos obró así porque, a diferencia de los otros poetas, entendió que el español de entonces “era insuficiente para nombrar el mundo americano porque, a pesar de su madurez expresiva, no tenía palabras para los árboles, los pájaros, los climas, los frutos, los utensilios, las culturas nativas” (2007, p. 162). Su obra tiene, por lo tanto, el mérito de “iniciar el proceso de mestizaje de la lengua” (p. 149).

En suma: un mundo nuevo requiere una mirada nueva, y esta se refleja en el poema de Castellanos. Al respecto, Ospina destaca la capacidad del poeta para acercarse a una realidad distinta y apreciarla en sus más mínimos detalles, sin desfigurarla en función de sus temores o deseos, absteniéndose de idealizar o de demonizar a los personajes, sean españoles o nativos. En el capítulo titulado “El villano y el héroe” Ospina pone en evidencia la “vocación de justicia de Juan de Castellanos ante los acontecimientos de la Conquista” (p. 346). El villano no es otro que el célebre Lope de Aguirre, cuya conducta merece la reprobación del poeta, mientras que el héroe resulta ser un indio bravío que, habiendo gastado ya todas sus flechas, prosigue el combate arrancando y reutilizando las que sus enemigos le han clavado en varias partes de su cuerpo, acción de la que el poeta fue testigo presencial y cuyo asombroso heroísmo guarda celosamente en la memoria, para expresarlo luego en sus versos.

Pero no solo la guerra es digna de ser transfigurada en música por el poeta: también la geografía, la fauna y la flora, la forma de vida de las comunidades nativas y hasta el modo de pensar y de hablar de los indígenas, sin importar que estos fueran rivales encarnizados de los españoles. Castellanos se maravilla a cada paso ante multitud de aspectos enigmáticos de las tierras conquistadas y de las culturas que las poblaban, aspectos que, de hecho, pasaban desapercibidos para los otros españoles, demasiado entregados a la búsqueda de riquezas o al celo evangelizador. El poema de Castellanos demuestra así que el asombro y la curiosidad son dos herramientas poderosas para valorar la diferencia y para aprender de ella, en vez de limitarse a rechazarla o, peor aún, a destruirla.

En segundo lugar, Ospina plantea que, para poder reconciliarnos con la Conquista de América y su impacto traumático, es preciso entender que ella no fue un crimen sino una tragedia:

Esta época tan llena de horror, no puede ser vista como un crimen. Abundaron los crímenes en ella, hechos que repugnarán siempre a la condición humana, pero históricamente tiene que mirarse como una tragedia, en el sentido, si se quiere, hegeliano del término, es decir, como el choque de dos mundos y dos visiones que se validan cada una a sí misma, pero que no logran encontrar una síntesis. (2007, p. 69)

La recuperación de la obra de Castellanos tendría a este respecto un efecto terapéutico por varias razones. Por un lado, ya el simple hecho de constatar que durante la Conquista existieron soldados españoles tan sensibles y respetuosos de la diferencia como Castellanos resulta reconfortante. Por otro lado, su poema ilumina con nitidez el carácter trágico de aquellos hechos. Como lo sugiere Ospina en el título de su ensayo, los versos de Castellanos preservan para la posteridad el luminoso nacimiento de una realidad histórica descomunal que, sin embargo, surge ensangrentada en medio del desconcierto mutuo, empujada por fuerzas históricas de gran calibre que a menudo desatan las más bajas y otras veces las más nobles pasiones humanas, abrumada por las heridas y los sufrimientos de una multitud de españoles y de nativos que son también nuestros lejanos antepasados.

Pero el principal efecto terapéutico que se deriva del ejercicio de recuperación histórica realizado por Ospina con base en el poema de Castellanos, consiste en que nos ayuda a exorcizar fantasmas del pasado que siguen acechando en la América Latina contemporánea. En su lectura de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, a menudo Ospina intuye que muchos males actuales de América Latina fueron sembrados durante la Conquista. Resulta ejemplar al respecto la historia del “primer guerrillero de tierras americanas”, un indio rebelde que, “harto de humillaciones y de ofensas, [...] recogió gente de guerra y se hizo fuerte en una serranía” (p. 307), sembrando el terror entre los pobladores de La Española. En las páginas siguientes Ospina cuenta cómo el propio emperador Carlos V envió desde Europa una carta al rebelde, que al cabo accedería a participar en unas negociaciones de paz (pp. 308-310).

No menos significativa es la reconstrucción que hace Ospina del primer secuestro ocurrido en América, en un ensayo titulado “De cómo fue secuestrado el inca Atahualpa por la banda de Francisco Pizarro, con la relación de algunas circunstancias de su cautiverio, el pago del inmenso rescate y la ejecución final de la víctima”. Allí muestra que los métodos y la conducta seguida por los conquistadores en aquel episodio bien podría ser el antecedente de los secuestros modernos de Colombia. En el mismo orden de ideas,

al leer ciertos pasajes de *Ursúa* (novela que inaugura la trilogía de Ospina) relativos a las rivalidades surgidas entre distintas facciones de los conquistadores, el lector por momentos se imagina estar asistiendo al nacimiento de los primeros grupos paramilitares de la historia de América, favorecidos ya –como los actuales– por la incapacidad del Estado central para hacer cumplir la ley en unos territorios demasiado dilatados y, con frecuencia, de difícil acceso. Y al leer la historia de amor narrada en *La serpiente sin ojos* (la novela que cierra la trilogía), uno percibe que ya Pedro de Ursúa, antes de apasionarse por mujer alguna, había jugado su corazón al azar y se lo había ganado la Violencia, con lo que se anticipa en más de tres siglos al Arturo Cova de *La vorágine*.

La idea de que la historia se repite ha encontrado una expresión literaria sólida en la obra de autores latinoamericanos canónicos como Alejo Carpentier o Carlos Fuentes. Ospina comparte con estos ilustres antecesores la noción de que las acciones de los seres humanos, fruto al parecer de su libre albedrío y sus circunstancias vitales, en realidad pueden estar siendo controladas o teledirigidas desde lo que Thomas Mann llamó “el profundo pozo del pasado” (1962, p. 11). Por eso andan aún por los caminos de América tantos herederos de los buscadores de El Dorado, con la mirada fija en un futuro de riqueza fácilmente obtenida; por ello es todavía posible encontrar vivo y activo el afán evangelizador de los misioneros; por ello la transferencia de tecnología de punta aún suele encontrar en nuestros países una acogida en la que se mezclan el temor de los nativos ante las armas de fuego y su fascinación reverencial ante la magia de la palabra escrita. Es como si ciertas figuras arquetípicas, profundamente incrustadas en estratos primarios de la memoria colectiva, reprodujeran continuamente en nuevos contextos las viejas maneras de pensar y de proceder.

Para conjurar esta repetición inconsciente hace falta que nos sumerjamos en el pozo del pasado y saquemos de las profundidades esas figuras cuyo poder es tanto más eficaz cuanto más hondos son los estratos en los que se hallan depositadas. Pero, justamente por eso, sería engañoso creer que el ejercicio de recuperación del pasado tendría su límite natural en los hechos del Descubrimiento. En efecto, y este es el tercero de los planteamientos de Ospina que quiero destacar aquí, uno de los mayores problemas de la cultura latinoamericana ha sido la noción de que la historia del continente habría comenzado en 1492. Desde luego, la tesis no es novedosa. Ya autores como Edmundo O’Gorman o Augusto Roa Bastos advirtieron hace tiempo la raíz eurocéntrica de esa noción y señalaron que el viaje de Colón dio lugar, más bien, a un «encubrimiento» sistemático de la realidad americana. Parte de la importancia de las *Elegías de varones ilustres de Indias* radicaría en que Castellanos, en su esfuerzo por ofrecer una visión justa e imparcial de los hechos de la Conquista, discretamente y sin siquiera pretenderlo nos aporta herramientas para desmontar los mecanismos del encubrimiento.

Ospina utiliza el texto de Castellanos como plataforma a partir de la cual realizar esa tarea. Así lo constatamos en los capítulos de *Las auroras de sangre* dedicados a las expediciones de Pedro de Heredia en la costa atlántica colombiana (pp. 199-282). Los análisis de Ospina ponen de manifiesto la portentosa capacidad de observación «etnográfica» de la que hace gala Castellanos, quien refiere con igual probidad los informes de un indio sobre las costumbres funerarias de los antiguos pobladores, la codicia de los soldados cargados de riquezas pero desfallecientes de hambre y agobiados por el cansancio, los combates con los indígenas, el poder abrumador de las fuerzas naturales. Frente al hallazgo de tumbas llenas de artículos de oro puro que los españoles se apresuran a desenterrar, se destaca por contraste el trabajo del poeta, dedicado a desenterrar en la soledad de su estudio las memorias secretas de la zona:

Nos sentíamos recién llegados, habitando un mundo casi innominado, pero en las tumbas estaba el testimonio de los siglos ocultos, la labor de los muertos, el rumor de las culturas, la prueba de que América no había aparecido en 1492 al conjuro del grito de Rodrigo de Triana, como nos lo hicieron sentir durante siglos la tradición, la religión y la escuela. Tan vasto era el pasado y tan vasto el territorio, que a pesar del saqueo que vieron los siglos de la Conquista y la Colonia, nuestros abuelos hace menos de un siglo todavía horadaban las montañas buscando en tiempos de pobreza el oro que les habrían dejado allí los misteriosos pobladores de otras edades. (2007, p. 260)

A diferencia de los campesinos de ciertas regiones, que escarban todavía las montañas en busca de tesoros, pero inútilmente, Ospina escarba la montaña de versos de Castellanos y encuentra a cada paso estrofas relucientes, endecasílabos justos y precisos como flechas que dan en el blanco, iluminando súbitamente la textura y el color de la realidad americana. Es como si el Descubrimiento y la Conquista del continente hubiesen ocurrido en secreto, no en barcos ni por la fuerza de las armas, sino a través del lenguaje de la poesía, quedando luego ocultos durante siglos, a la espera de ser redescubiertos. Porque, más allá de la crónica histórica, es toda una multitud de detalles inadvertidos, de datos singulares, de preciosos hallazgos, reunidos en un inmenso poema, lo que permite encontrar aún hoy, en la obra de Castellanos, facetas inexploradas de aquellos procesos históricos.

En cierta forma, el encubrimiento de América y el de su cantor más importante van de la mano. Por eso Ospina, a lo largo de su ensayo, revisa y desbarata los prejuicios que han rodeado durante cuatro siglos el poema de Castellanos, según los cuales se trataría de un mamotreto descomunal ilegible, repleto de palabras toscas e impronunciables, agobiado de descripciones demasiado detalladas y prosaicas, y a cuyo contenido geográfico e histórico no le venía bien la forma poética. “Y a todas estas, nadie parecía fijarse en lo que don Juan había hecho, por andar estableciendo lo que don Juan había debido hacer” (p. 73). Pero son justamente las decisiones de Castellanos acerca de qué hacer las que cifran la esencia de su legado. Al escribir su enciclopedia americana en versos, Castellanos procuró armonizar la observación rigurosa y la precisión del historiador con la magia y la musicalidad de la poesía. Al incluir vocablos y nombres propios indígenas, Castellanos se apartó de la belleza canónica en aras del respeto a los otros y la preservación de la verdad. Al dejarse interpelar y asombrar por la realidad del Nuevo Mundo, Castellanos se deshizo de las ínfulas de superioridad de la cultura europea y poco a poco se fue volviendo americano.

La obra resultante de estas afortunadas decisiones no constituye, empero, un punto de llegada sino uno de partida: en realidad, la mayor parte de la tarea emprendida por Castellanos aún está por hacer. Lo cual me conduce de manera natural al cuarto y último planteamiento de Ospina que deseo resaltar, según el cual existen facetas de la Conquista de América que todavía no terminan y que, por lo tanto, todavía son susceptibles de tener un buen final o un mal final. Entre ellas una decisiva es la que atañe a la relación de los pueblos del continente con la naturaleza americana, y que Ospina aborda en profundidad en *El país de la canela*, la segunda novela de su trilogía histórica. En esa obra el lector nota que, a la luz de la crisis ecológica actual, la conquista de América por los europeos aparece a la vez como una prefiguración y como una imagen de la conquista de la biosfera por la modernidad occidental. Por extraño que parezca, incluso esta cuestión tan acuciante hoy aflora ya como un germen anunciador en las *Elegías de varones ilustres de Indias*. En el pasaje en el que Cristóbal Colón, a su regreso del primer viaje, describe en España los paisajes hallados en América, Castellanos retrata la reacción de los Reyes Católicos en términos que no dejan dudas acerca del anhelo que sienten por europeizar esas tierras recién descubiertas que ellos mismos nunca conocerán:

*Quisieran estos reyes singulares
en aquestos sus amplios señoríos,
que hasta las sabanas y manglares
y todas las riberas de los ríos
se les tornaran viñas y olivares
y no campos inmensos tan vacíos,
sino hacer las tierras provechosas
y en ellas jamás ver gentes ociosas. (p. 300)*

Desde esta óptica, la especificidad de la realidad americana no importa: todavía no se la conoce siquiera y ya se plantea de entrada la necesidad de transformarla en una copia de Europa. Y sin embargo, como todos sabemos, la diversidad geográfica, climática y ecológica del continente se impone, no solo como un obstáculo a los proyectos de los colonizadores de ayer y de hoy, sino como un inmenso signo de interrogación que sigue causando perplejidad. Apoyándose en la conocida tesis según la cual un rasgo clave de la experiencia americana es la confrontación con una naturaleza que, a diferencia de lo que sucede en Europa, aún no ha sido domesticada, Ospina sugiere que, precisamente a causa de eso, “América Latina es todavía el reino de la naturaleza, y es por ello para el mundo una región de resistencia y de esperanza” (p. 183).

La Amazonía, como última frontera contemporánea, encarna esa resistencia mejor que cualquier otro entorno ambiental de América. Los pasajes del poema de Castellanos en los que se cuenta el descenso de la expedición de Francisco de Orellana por el Amazonas son decisivos para la concepción de *El país de la canela*. No en vano el descubrimiento del Amazonas constituye, según Ospina, “el mayor de los hallazgos. Uno tan grande y complejo que todavía hoy no acabamos de comprender su riqueza y su sentido” (p. 365). Siguiendo las huellas de Castellanos, en su novela Ospina muestra el desconcierto de los españoles frente a la radical alteridad ambiental y cultural que implica la Amazonía, y desmonta los mecanismos de identificación mediante los cuales aquellos hombres trataron de reducir esa alteridad y de refugiarse en un ámbito conocido, como lo muestra el nombre con el que a la postre fue bautizada la región.

El trabajo de «des-encubrimiento» que realiza Ospina en su obra hace aparecer el contraste entre la naturaleza domesticada europea y la proliferación anárquica de la selva americana como el fruto de la proyección que los colonizadores hacen de sus propios deseos y temores sobre una realidad desconocida. Al comienzo, la selva corresponde a un lugar mítico y paradisíaco en el que yacen ocultas las anheladas riquezas (El Dorado, El País de la Canela). Pero luego, cuando se recorre el terreno y se constata que este, lejos de corresponder a las expectativas, contiene obstáculos imprevistos difíciles de superar (calor sofocante, vegetación enmarañada, humedad, zonas pantanosas, mosquitos), la valoración se invierte y la selva empieza a ser percibida como cárcel, laberinto, infierno, caos. Para las poblaciones nativas, en cambio, la selva no es un infierno ni tampoco un paraíso: es un hogar poblado por dioses y espíritus.

En *Las auroras de sangre*, Ospina arriesga la hipótesis de que la resistencia de las poblaciones americanas a la implantación de la cultura europea se debió ante todo a este choque de visiones del mundo natural. Un choque que, quinientos años después, sin duda no ha encontrado una síntesis y en el que la selva y sus pobladores humanos y no-humanos están llevando la peor parte. También en este caso la historia parece repetirse, como si la búsqueda de oro y canela de los conquistadores se prolongara en la búsqueda de caucho de los colonos mestizos de fines del siglo XIX y comienzos del XX; o en la explotación de maderas y minerales de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Si el enfoque histórico de Ospina es correcto, quizá nuestros descendientes de siglos posteriores, al considerar retrospectivamente la hecatombe ecológica de la Amazonía, puedan decir lo mismo que él ha dicho de la Conquista: que no fue un crimen sino una tragedia.

Por fortuna, este capítulo de la historia de la Conquista aún no ha terminado, de modo que la posibilidad de un desenlace distinto permanece abierta. Y eso justamente me lleva a responder la pregunta que formulé al comienzo. Al desenterrar los trágicos eventos asociados a la invasión de América por los europeos, lo que propone Ospina es un ajuste de cuentas con la historia de la Conquista, orientado a resolver ciertos problemas acuciantes de nuestra propia época. Por eso su ensayo sobre la obra de Castellanos, así como su posterior trilogía novelesca, no se agotan en el comentario o la reconstrucción de hechos pasados, sino que interpelan también las cuestiones del tiempo presente al cual se dirigen. Según hemos visto, lo que está en juego en el fondo son las raíces secretas de la violencia crónica que marca la historia de Colombia y de otros países de América Latina, los orígenes soterrados de esa actitud excluyente que condena a tantas personas a una vida de privaciones y al entorno ambiental a una explotación inmisericorde. Lo que le interesa a Ospina, en suma, es ayudar a conjurar esos viejos fantasmas históricos que, pese a su inasibilidad, conservan todavía tanto poder. Como lo explica el mismo Ospina al final de su ensayo sobre la obra Castellanos, tarde o temprano es preciso descubrir

que no se trata de olvidar sino de comprender, que las tragedias sólo se superan de verdad cuando se puede hablar serenamente de ellas, que todo lo que permanece silenciado nos persigue y nos tiraniza, nos agota en la indignación y en la impotencia, que la única reconciliación es con nosotros mismos, disolviendo los bandos rencorosos que fluyen por los ríos de la sangre. (2007, p. 416)

Así comprobamos una vez más que el sentido y el punto de gravedad de la revisión de la historia no se sitúa en el pasado sino en el presente. En consonancia con ello, el trabajo de Ospina se inscribe en la senda cuya hoja de ruta fue trazada por Balzac hace dos siglos, cuando les asignó a los novelistas la tarea de escribir la historia secreta de las naciones.²¹

Bibliografía

- Castellanos, Juan de (sin fecha), *Elegías de varones ilustres de Indias* [s. XVI], Fundación El Libro Total, enlace: http://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3458_3581_1_1_3458.
- Mann, Thomas (1962), *José y sus hermanos*, Santiago de Chile, Editorial Ercilla.
- O’Gorman, Edmundo (1995), *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ospina, William (2007), *Las auroras de sangre. Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América*, Bogotá, Norma.
- (2003), “De cómo fue secuestrado el inca Atahualpa por la banda de Francisco Pizarro, con la relación de algunas circunstancias de su cautiverio, el pago del inmenso rescate y la ejecución final de la víctima”, en *La herida en la piel de la diosa*, Bogotá, Aguilar: 27-45.
- Riera Rodríguez, Gloria Elizabeth (2012), “El mito como expresión del desentendimiento cultural en *El país de la canela* de William Ospina”, *Estudios de Literatura Colombiana* 31: 229-247.
- Roa Bastos, Augusto (1992), *Vigilia del Almirante*, Madrid, Santillana.
- Vásquez, Juan Gabriel (2007), “Las auroras de sangre”, columna de opinión publicada en *El Espectador* y disponible en: <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/juan-gabriel-vasquez/las-auroras-de-sangre-column-574/>

² Varios pasajes de este comentario fueron incluidos por el autor en su libro *Ríos que sangran, árboles que lloran. Imágenes de la selva en la narrativa hispanoamericana*. Editorial Universidad del Rosario / Ediciones Uniandes, 2021.



Universidad del
Rosario

| Escuela de
Ciencias Humanas

